

Escribí L'ultimo fucile tras haber escrito dos novelas muy diferentes a esta. La primera fue Speed Gauak, un divertimento.

Speed Gauak está ambientada en el Bilbao de los 80, en plena efervescencia de los movimientos sociales y políticos. Toda la novela transcurre prácticamente en el Casco Viejo de la ciudad. Reproduce, pues, una geografía exacta, y lo hace a través de unos personajes tomados casi de la realidad. Mezcla de sexo, alcohol y política, pretendía atacar los tabú de la época, que siguen siendo los de hoy, es decir, la iglesia, las fuerzas del orden y la clase política profesional, además de la monarquía que, como saben, es el régimen que en este momento hay, sobre decirlo, en el Reino de España. Tenía algo de novela policíaca, con sus robos y sus persecuciones y con un final iconoclasta. Se podría decir, y así se dijo entonces, que Speed Gauak es una novela urbana. Y yo tan contento.

Por entonces, en aquellos ochenta, parecía que lo más importante en nuestro país era hacer literatura urbana. Algo que hay que entender en el contexto de la literatura vasca, más ligada a la tradición campesina y a la del clero que a las corrientes modernas de la literatura. Al menos hasta la aparición de nombres como Txillardegui, en los sesenta, y Saizarbitoria, Atxaga, Sarrionandia, etc., ya en los setenta.

Debo decir que escribí Speed gauak en unos pocos meses, siempre a la misma hora, de ocho a nueve de la mañana, antes de comenzar mi trabajo profesional como traductor.

Mi siguiente novela se tituló Blausta!, algo así como "¡Al suelo!". La escribí para el diario en euskara - lengua vasca - Euskaldunon Egunkaria, que como no si saben fue cerrado por orden del juez Garzón, desde el tribunal especial llamado Audiencia Nacional. Digamos de paso que pasados dos años del cierre, nada se sabe de cómo va el proceso. Lo que tampoco es de extrañara, cuando transcurridos seis años desde el cierre del diario Egin y la radio Egin Irratia, por el mismo juez, tampoco se sabe nada del proceso.

Volviendo a la segunda novela, durante todo el mes de agosto escribí un capítulo cada día, capítulo que era publicando al día siguiente. Así, casi treinta días y casi otros tantos capítulos. Sin tiempo para pensar en soluciones más o menos brillantes. Se necesitaba una escritura de urgencia, y así considero aquello, que por otra parte quedó en una experiencia de verano. Fue otro divertimento.

Para entonces ha había dejado Bilbao y había vuelto a mi pueblo natal, Mundaka, en la costa. Allí terminé un libro de relatos, Atoiuntzia -El remolcador- ambientados, como el título indica, en la costa, desde Bilbao hasta América. Y encontré otro territorio. El del mar, precisamente.

En la literatura vasca el mar apenas ha sido llevado a la literatura. Una pena. Porque el mar y la costa constituyen territorios ideales para la ficción. Además los pueblos de la costa son nuestros primeros territorios urbanos. Cruce de mundos y de gentes, acumulan más historia y experiencia que cualesquiera otros lugares. De manera que no abandonaba la consigna de hacer literatura urbana.

Mis historias de Atoiuntzia no pretendían forjar un nuevo costumbrismo, nada más lejos de mi intención, aunque la tentación es enorme si se tiene en cuenta las miles de anécdotas que te pueden contar por las tabernas del pueblo. Las historias que cuento en Atoiuntzia tienen como protagonistas a delincuentes de poca monta, o a chicas que sueñan con príncipes azules que sí, llegan en velero, pero también se van, dejándolas preñadas, o a hombres enamorados sin ellos saberlo de otros hombres, a naufragos que no quieren ser rescatados, y así todo.

Me puse a escribir L'ultimo fucile ocupando con la imaginación el mismo territorio que ya había ocupado en Atoiuntzia. En realidad en aquel momento debía haber escrito otra novela. De hecho había elaborado otro proyecto de novela, tenía escritos cincuenta folios y había pedido una beca para la escritura al Gobierno Vasco, que me la concedió. Pero ocurrió que el personaje central de L'ultimo fucile, Onofre, me tiraba más que el otro proyecto. Proyecto que nunca he acabado. Me perdonaran haber empezado así, hablando de mis novelas anteriores, de mi país, de estas cosas sin más importancia que la uno mismo le quiera da. Pero para mí es importante hablar de cómo me nacen las novelas, de cómo me surgen los libros en general. Es de lo que con más conocimiento puedo hablar. Y además tal vez así pueda decir algo de ellos que de otra manera no podría. Porque podría teorizar sobre la literatura en general, sobre la vasca en particular, y quizás mis teorías se perderían en lo abstracto o en lo lejano. Así que voy a volver al personaje de Onofre, a ver si llegamos a alguna parte.

Onofre era el nombre del tío de un gran amigo mío. Aquel hombre era el hombre más triste que yo había conocido jamás. Viudo ya cuando lo conocí, sin hijos, se había venido a vivir a Mundaka tras la muerte de su esposa. A raíz de este hecho se le habían agudizado los síntomas de una melancolía que arrastraba ya de antes. Parece ser que la raíz de su melancolía estaba en un naufragio. Onofre era capitán de la marina mercante y el último barco en el que tuvo mando se habría hundido creo que cerca del cabo Matxitxako, en la costa vasca.. El Onofre de la novela no es el Onofre real, pero tiene algo de aquel. El título de capitán y la melancolía, diría yo. Y, por supuesto, ese nombre tan extraño, que nos hace pensar que su dueño no podía ser otra cosa que un hombre triste. Con el nombre y la historia del naufragio del capitán Onofre ya tenía algo que yo no sabía que tenía, pero que

iban a aflorar a la menor oportunidad. Esa oportunidad surgió cuando me encargaron el guión de un cómic. Me puse a escribir aquel guión y así surgió Begien indarra - El poder de los ojos - donde Onofre aparece por primera vez, y donde ya estaban algunos de los hechos que cuento en L'ultimo fucile. Recuerdo que cuando el dibujante Alberto Uribarri me preguntaba qué iba a hacer con el personaje de Onofre, añadiendo siempre la coletilla de «¡Onofre, vaya nombre! ¿De dónde lo has sacado», yo siempre le contestaba que lo había sacado de uno que conocí, y añadía que un día escribiría la biografía completa del personaje aquel del cómic. L'ultimo fucile puede tomarse como el cumplimiento, en parte, de esa promesa. Aunque eso no es todo.

Antes de ponerme a escribir L'ultimo fucile antes de haber escrito Atoiuntzia, creo que poco después de hacer Begien indarra, una noche que no podía dormir, agarré el papel y el bolígrafo y me puse a escribir a mano un relato que luego incluí en Atoiuntzia. Y ahí estaba otra vez Onofre. Sin querer. El relato era La estela de los ahogados.

¡Los ahogados! Es curioso. En casa teníamos tres grandes fotografías colgadas en las paredes del comedor. E uno estaban los padres de la abuela, en otro una tía suya y en el tercero un tío también suyo. El tío era Marcelo. Había muerto ahogado. Eso parece que fue antes de la guerra. No sé cómo se ahogó el tío Marcelo, pero sé cómo se ahogó mi padrino, Benigno. Y es que cuando yo tenía tan solo cinco o seis años mi padrino murió ahogado en la mar.

Una noche Benigno Piñeiro, que así se llamaba y que por el nombre ya se ve que era gallego, salió a orinar a cubierta, se acercó a la borda y cayó al agua. No lo encontraron. Con él navegaba su concuñado - también gallego -, que hizo lo imposible, dicen, por rescatarlo. Eran dos amigos gallegos que apenas sabían español casados con dos hermanas vascas que hablaban mejor euskara que español (luego tuvieron televisión y la cosa de los idiomas cambió).

Yo era muy amigo del hijo del padrino, al que llamábamos Beni. Con quince años Beni se fue a la pesca y un día cayó al agua y se ahogó. Fue peor que lo de su padre, mucho peor. Cayó al agua en pleno día y desde la borda de un barco amarrado al muelle, en el puerto de Bermeo. Pero dicen que llevaba botas pesadas y no sabía nadar. De esto último doy fe.

No me van a creer. Mi madrina, Milagros, la esposa de Benigno, la madre de Beni, que todavía vive, viuda ella de pescador ahogado y habiendo perdido un hijo de los dos que tenía, también ahogado, se casó por segundo vez. Con otro pescador, por supuesto. Aunque este murió en tierra no les extrañe que yo esté obsesionado con los ahogados. Esto era a cuanta del relato La estela de los ahogados, en el cuento la historia de otro ahogado, éste muy vivo,

en el que aparece por primera vez el Onofre de L'ultimo fucile.

Dejando a un lado a los ahogados, de los que todavía podría contar más historias, lo que me llevó a escribir el primer capítulo de la novela, que al principio lo planteé como un relato independiente, fue una fotografía. Era una fotografía de los años cincuenta, en blanco y negro. En ella se veía todo nuestro territorio costero nevado. Dicen que fue la mayor nevada de nuestra historia reciente.

En la costa vasca apenas nieva, y cuando nieva la nieve se derrite casi al momento. Por eso los días que nieva dan fiesta en la escuela. Para que los niños disfruten de ese fenómeno extraño, con sabor a Navidad estándar. Diciendo esto quizás se podrá entender el efecto que aquella fotografía me produjo. Hasta la isla estaba cubierta. En la fotografía en blanco y negro el blanco no era blanco, era algo más difuso y extraño. Era como una invitación a divagar ¿Qué podría pasar con una nevada así? Lo primero, que de noche un viajero pidiera asilo - seguro que esto les suena-, llamando a alguna puerta. Y en mi imaginación alguien llamó a la puerta de Onofre. Era un miembro del maquis.

No les voy a hablar del maquis, la resistencia armada al franquismo que duró hasta bien entrados los cincuenta. No lo haré, al menos de momento. Pero debo decir que ya antes me habían llegado noticias, orales que no escritas, de la presencia de algún miembro del maquis en nuestra comarca, en la que realmente nunca hubo actividad de guerrilla como tal. Sin embargo, sí debió ser el lugar de embarque para algunos que trataban de huir a Francia al final de la lucha.

Así que una noche de invierno un miembro del maquis llama a la puerta de Onofre. Bien. Ese primer capítulo me salió casi solo ¿Y después, cómo sigue la historia? Esa era la pregunta que yo me hacía. La pregunta que me impedía trabajar en el proyecto de la beca. Lleno de dudas -no era la novela por cuyo proyecto había recibido la ayuda - me puse a escribir cómo seguía la historia de Onofre y el visitante y, llegado a este punto, permítanme que vuelva al proceso de escritura. Por que esa es la clave.

Escribí la novela escribiendo como máximo un folio y medio al día. Siempre con la primera luz. Sin desayunar. En el desván, con la claridad que entraba desde el tejado directamente por una claraboya. Bebiendo el aire. Acompasándome al latido de la escritura. Escuchando la calle que despertaba. Solo escribía durante una hora, o poco más, solo ese tiempo, y aunque casi siempre tenía la sensación de que podía seguir, ahí lo dejaba. Tenía la inquietud de que si no lo hacía iba a romper algo.

Ese es el ritmo de la novela. En presente y mirando a los personajes desde el ojo de la cámara. Como estando con ellos, allí mismo. Así, a ese ritmo de respiración, tan cercanos al ojo de la cámara, casi siempre en primeros

planos o en planos medios, los personajes y sus historias fueron aflorando. En presente, ya digo. Al de un tiempo alguien me dijo que escribir el pasado en presente es terapéutico, y creo que me citó a la Escuela de la Gestalt.

No sé si escribí en presente por que mi inconsciente buscaba alguna terapia. Lo que sí tenía claro era que quería romper la monotonía del verbo auxiliar vasco. Las formas del verbo auxiliar vasco, en pasado, terminan siempre en ene. Para cuando escribí *La voce delle balene* ya había superado lo de los auxiliares del verbo. Al menos ese mal sí que me curó *L'ultimo fucile*.

Son detalles que se pierden en la traducción, esos del pasado y algunos más. Pero en esta novela tampoco hay apenas adversativos, y no creo que esto se pase por alto en la traducción. Aunque quizás no se han fijado. Las estructuras sintácticas son ideología. Sobre todo las concesivas y las adversativas. Y qué decir de las de condicional. Decir "llovía pero me quede en casa" es todo un discurso. Decir "llovía, me quedé en casa", es constatar. Podría hablar de esto llevándolo a los personajes de la novela.

La vida de cada uno de los personajes transcurre en paralelo a la de los demás, pero esas vidas son como líneas que nunca se encuentran. Así llegué a una reflexión elemental sobre la soledad y el infinito: si dos cuerpos se encuentran a un centímetro el uno del otro pero no se mueven, permanecen quietos, la distancia que los separa es infinita. En un momento de la novela hay una constatación de este hecho. La distancia entre Onofre y su esposa, Anita, es infinita. Aunque estén el uno frente al otro. Sí, estaba haciendo terapia.

El personaje de Anita surge de los recuerdos de mi infancia. Había una mujer, viuda, que tenía un huerto en el que, en lugar de sembrar y recoger los frutos de la tierra, acumulaba una cantidad inmensa de objetos inútiles, de chatarra y basura. Solía venir a casa y nosotros, niños, un día nos burlamos de ella, llamándola 'sastarrera', es decir, amante de las basuras. Recuerdo que ella protestó y a mí me cayeron algunos azotes de la mano de la abuela, o quizás de la madre, no lo sé. Pregunté por qué aguantaban a la señora. Me contestaron que porque era una mujer con la que convenía no enfadarse, ya que sabía echar el mal de ojo. Ambas, madre y abuela, creían en esas cosas. En fin, que un embrión de Anita, una mujer aparentemente moderna, estaba ya ahí. Y un día se presentó en mi imaginación convertida en la esposa de Onofre. Además me dio su casa, la imagen física de un lugar concreto, algo imprescindible para que hoy mismo me pueda creer lo que escribo. No puedo escribir si no veo lugares concretos y precisos.

He hablado de la madre y la abuela. Su contrapunto era nuestro padre. Había llegado a Gernika como prisionero de guerra, a la reconstrucción de la ciudad bombardeada por

los aliados de Franco, es decir, la Legión Cóndor alemana y algunos aviones italianos. Allí pasó un tiempo y luego le pusieron a trabajar en la construcción del tramo de ferrocarril entre Pedernales y Bermeo. Eran tan solo cuatro kilómetros de vía, pero qué cuatro kilómetros. El ferrocarril entre Bilbao y Gernika, y más tarde el tramo entre Gernika y Pedernales, había sido construido a entre 1985 y el final de siglo. El tramo restante quedó sin construir. Tuvieron que pasar setenta años y una guerra para que los últimos cuatro kilómetros fueran realidad. Gracias a la mano de obra gratuita que eran los presos. Ahora ya se ha empezado a estudiar este asunto de la relación entre la dictadura y la mano de obra esclava, pero cuando escribí la novela apenas había nada escrito. Yo simplemente echaba mano de lo que había oído en el pueblo. Creo que acerté.

La historia de la integración de los presos una vez liberados es una historia hermosa y cruel. Hermosa por los sentimientos que movieron. Mi padre pudo casarse con una mujer del lugar donde había estado preso. Y no solo él. También otros. Pero digo que fue una historia cruel, como lo fue la de los que vinieron en los años cincuenta y sesenta como inmigrantes. Y ahora digo por qué. En aquellos años el euskara era una lengua prohibida, reducida al ámbito de lo doméstico, de la taberna, de los lugares del campo y de la costa donde no había una vigilancia estricta. Pues bien, mi padre, y como él muchos, nunca aprendió la lengua vasca. Y como él, casi todos. Me preguntó por qué. Por que no es que mi padre no hiciera amigos vascos, que los hizo, y muchos. La respuesta, aparte de lo ya apuntado sobre el estatus de la lengua, es sencilla. Cuando se encontraban el que sabía la lengua y el que no la sabía, el que la sabía renunciaba a hablarla. Era primero la persona y luego la lengua.

Esto que parece tan sencillo es fundamental para entender lo que pasó en nuestro país en aquellos años y sigue pasando hoy. Pero hay más. Esta novela, *L'ultimo fucile*, me aportó un descubrimiento fundamental. Tras la guerra los vascos que habían sido vencidos -no los vencedores, que también los hubo- se encontraron con los españoles también vencidos, con los ex presos y los inmigrantes. ¿Y qué ocurrió? Ocurrió que salvando la amistad personal, el trato en las tabernas, los matrimonios mixtos y todo eso de lo que ya he hablado, políticamente se vieron como enemigos, o al menos como amenaza mutua. Vencido frente a vencidos, unos -los autóctonos- se sentían invadidos, mientras los otros, los llegados de fuera, se sentían ajenos a las inquietudes de los otros. Ese fue uno de los grandes triunfos del franquismo.

Curiosamente, cuando nació mi única hija nuestro padre le hablaba algunas palabras en lengua vasca. Las que había aprendido y siempre se había negado a pronunciar. Creo que también esta es una historia hermosa, de la que todavía no tengo la clave.

Volviendo a *L'ultimo fucile*, en la novela planteo la amistad entre Onofre y un preso cuando éste es ya un ex preso. Aquí la taberna juega un papel primordial como

lugar de encuentro y como lugar donde esa amistad se va consolidando. La taberna es un espacio real, el único de aquella época, junto al Kasino, que todavía conserva algo de lo que fue y ya no es.

Todo esto ocurre en una época clave. Alrededor de 1955, que es cuando se inaugura ese tramo de ferrocarril. Inauguración a la que asistió el mismísimo Generalísimo, como ya se verá. Gracias a los cambios introducidos por esa época, la dictadura duró otros veinte años. Hasta la muerte física del dictador en 1975. Claro que la supervivencia del régimen tuvo mucho que ver con los vascos que lo apoyaron, que también está en la novela, aunque este es hoy por hoy un tema tabú. Entre los dos bandos -resistencia o dictadura-, algunos amigos de Onofre eligieron el del segundo, porque era el del negocio.

Con el final de la resistencia armada se acababa una época en España y en nuestro país. Y empezaba otra. Se agota una época y se agotan varias formas de resistencia, entre ellas el maquis. Parece que ya solo queda esperar a que el dictador muera o caiga de maduro. Así nacen otras resistencias, se abren otras vías. Para decirlo brevemente, esta es la época en la que nace, entre otros fenómenos, ETA. Creo que eso está en mi novela, que en L'ultimo fucile hay algunas claves de todo esto. Aunque no se trata de una novela política. Ni policíaca. Ni psicológica. Es un poco de todo. He dicho que a la inauguración del ferrocarril acudió el mismo Franco, Generalísimo y Caudillo de España. ¿Qué hubiera ocurrido si alguien hubiera aprovechado para disparar sobre él y matarlo? Como ya saben, eso no ocurrió. Pero deja sobre la mesa muchas preguntas. Una, fundamental, es la de si cada uno de nosotros hubiera dado asilo a un viajero, un viejo amigo, que una noche llama a nuestra puerta. Seguro que sí. Pero, ¿y si viniera armado? ¿Y si tuviera intención de matar al dictador y nosotros lo supiéramos? ¿Y si trasladamos la pregunta al día de hoy?

De la novela que nunca escribí -treinta días de agosto la iba a titular- tomé el tema del magnicidio. En aquella iba a ser una anarquista el que iba a disparar contra Alfonso XIII, en 1912, casi en el mismo lugar en el que en L'ultimo fucile alguien planea hacerlo contra Franco en 1955. Confesar esta tentación mía por el magnicidio de ficción me puede traer algún disgusto, ya lo sé. En el fondo es un gran tema. Y es real. A Alfonso XIII lo intentaron matar varias veces. Y un gran amigo, Koldo Izagirre, ha novelado la historia de Angiolillo, un anarquista italiano que acabó con la vida de Canovas del Castillo, jefe del gobierno del Reino de España, y que fue ejecutado a garrote vil. Todo esto ocurrió en nuestro país, en 1897, durante el reinado de Alfonso XII. De manera que el tema para mí está literariamente agotado, pero las preguntas siguen ahí.

Vuelvo a L'ultimo fucile. Al sexo en este caso. Estamos aquí, hemos nacido, nos han parido, nos han creado y parece que nunca nos imaginamos la pasión carnal de nuestros progenitores. Pero vaya si la tuvieron. Tampoco somos capaz de imaginar el pasado en color. Y el sol existía ya entonces, y el mar ya era azul, y la hierba verde, y el txakolí -nuestro vino ácido- ya era del color de la uva en septiembre. Al escribir de una época pasada hay que tenerlo muy en cuenta, creo yo.

Así, con esas sensaciones presentes, fui desentrañando la historia de Onofre y su amigo Juan, el maquis. Fueron apareciendo otros personajes, algunos de los cuales ya he hablado y a los otros los irá descubriendo quien lea la novela. Todos llegaban como arrastrados por el tren. Traían dolor y alegría. Me hicieron llorar. Algunas veces para escribir hay que llorar. Yo he llorado escribiendo. Así he podido afrontar la muerte de mi padre. Llorando al escribir.

Luego está la música. Esta es una novela para, si se quiere, leer escuchando a Beethoven. Como Onofre. Tratando de encontrar el sentido de la vida. Desde este punto de vista la novela tiene algo de existencialista, creo yo.

Acabo hablando del título. L'ultimo fucile. Suena a wersten-spaghetti. Es verdad. A mí no me disgusta. Me gustaba mucho el género. Y a fin de cuentas esta es una novela escrita con la cámara. A veces sobre el hombro, a veces sobre el trípode, a veces en travelling. Como en le viaje en moto. Que es uno de los momentos con los que más disfruté. Espero que los lectores y lectoras disfruten de L'ultimo fucile en italiano. Por lo que debo dar las gracias a la traductora, Roberta Gozzi, que la ha traducido desde el euskara, como ya antes tradujo La voce delle balene y con la que he pasado muchas horas trabajando y charlando. Ha sido una suerte para mí conocerla y le estoy infinitamente agradecido por todo, no solo por los libros. Debo por último agradecer al editor, Giovanni Tranchida, el mimo que ha puesto en la edición de ambos libros, reconociendo públicamente, como en el caso de Roberta, todo el trabajo que hay detrás y el trato personal que he recibido de él durante todo este tiempo. Gracias a ellos he conocido un poco de Italia, cumpliendo uno de mis sueños más queridos. Que haya sido así, con estos libros, me complace todavía más. Esto es todo. Espero no haberles aburrido demasiado. Gracias.

---

Scrissi L'ultimo fucile dopo aver scritto due romanzi molto differenti da questo. Il primo fu Speed Gauak - Notti di speed, un divertimento.

Speed Gauak è ambientato nella Bilbao degli anni ottanta, nel pieno fermento dei movimenti sociali e politici. Quasi tutto il romanzo si svolge nel centro storico della città. Riproduce quindi una geografia esatta e lo fa attraverso dei personaggi presi pressoché dalla realtà. Una combinazione di sesso, alcool e politica che aveva la



pretesa di attaccare i tabù dell'epoca, che continuano a essere quelli di oggi, cioè la chiesa, le forze dell'ordine e la classe politica professionale, oltre alla monarchia che, come ben sapete, è il regime presente in questo momento, non c'è bisogno di dirlo, nel Regno di Spagna. Aveva qualcosa del romanzo poliziesco, con i suoi furti e inseguimenti e con un finale iconoclasta. Si potrebbe dire, e così si disse allora, che *Speed Gauak* è un romanzo urbano. E io ne sono soddisfatto.

All'epoca, durante gli anni ottanta, sembrava che la cosa più importante nella mia terra fosse produrre letteratura urbana. È qualcosa che va compreso all'interno del contesto della letteratura basca, più legata alla tradizione contadina e a quella del clero che alle correnti moderne della letteratura. Almeno fino all'apparire di nomi quali Txillardegi, negli anni sessanta, e Saizarbitoria, Atxaga, Sarrionandia, ecc., negli anni settanta.

Devo dire che scrissi *Speed Gauak* in pochi mesi, sempre alla stessa ora, dalle 8 alla 9 della mattina, prima di iniziare il mio lavoro di traduttore professionale.

Il mio romanzo successivo si intitolò *Blausta!*, che si può tradurre con "A terra!". Lo scrissi per il quotidiano in euskara – la lingua basca – *Euskaldunon Egunkaria* – che, come spesso non si sa, è stato chiuso per ordine del giudice Garzón, attraverso un tribunale speciale chiamato *Audencia Nacional*. Diciamo, già che ci siamo, che una volta passati due anni dalla chiusura, nulla si sa di come stia andando il processo. E non sorprenda neppure che, una volta trascorsi sei anni dalla chiusura del quotidiano *Egin* e della radio *Egin Irradia* da parte dello stesso giudice, non si sa nulla neanche di questo processo.

Tornando al secondo romanzo, durante tutto il mese di agosto, scrissi un capitolo al giorno, capitolo che veniva pubblicato il giorno seguente. Così, quasi trenta giorni e altrettanti capitoli. Senza il tempo per pensare a soluzioni più o meno brillanti. Era necessaria una scrittura di emergenza e così considero quella, che d'altra parte rimase l'esperienza di un'estate, come un altro divertimento.

All'epoca avevo già lasciato Bilbao per tornare al mio paese natale, Mundaka, sulla costa. Qui terminai un libro di racconti *Atoiuntzia* – Il rimorchiatore – ambientati, come indica già il titolo, sulla costa, da Bilbao fino all'America. E mi sono imbattuto in un altro territorio. Quello del mare, appunto.

Nella letteratura basca, il mare è stato accennato appena. È un peccato. Perché il mare e la costa costituiscono territori ideali per la narrazione. Oltre al fatto che i paesi della costa sono i nostri primi territori urbani. Crocevia di mondi e di gente, raccolgono più storia ed esperienza di qualsiasi altro posto. E ciò mi permetteva di non abbandonare il compito di fare della letteratura urbana.

Le mie storie di *Atoiuntzia* non avevano la pretesa di forgiare un nuovo folclorismo, nulla di più lontano dalle mie intenzioni, sebbene la tentazione fosse enorme se si considera la quantità di aneddoti che ti possono raccontare nelle osterie del paese. Le storie che racconto in *Atoiuntzia* hanno come protagonisti delinquenti di scarsa importanza, o ragazze che sognano principi azzurri che sì, arrivano in veliero però anche se ne vanno lasciandole incinte, o uomini innamorati inconsapevolmente di altri uomini, oppure naufraghi che non vogliono essere salvati, e così via.

Mi misi a scrivere l'ultimo fucile occupando con l'immaginazione lo stesso territorio che avevo già occupato con *Atoiuntzia*. In realtà in quel momento avrei dovuto scrivere un altro romanzo. Infatti, avevo elaborato un altro progetto di romanzo, avevo già scritto cinquanta fogli e avevo chiesto una borsa al Governo basco, che me

la concesse. Però accadde che il personaggio centrale de L'ultimo fucile, Onofre, mi attirava di più dell'altro progetto. Progetto che non ho mai portato a termine. Mi perdonerete di aver iniziato in questa maniera, parlando dei miei romanzi precedenti, della mia terra cioè di queste cose che hanno l'importanza che ognuno desidera dargli. Però per me è importante parlare di come nascono i miei romanzi, di come hanno origine i libri in generale. È quello di cui posso parlare con maggior cognizione. E inoltre, chissà che così io possa dire qualcosa anche a proposito di quei libri di cui altrimenti non parlerei. Perché potrei teorizzare sulla letteratura in generale, su quella basca in particolare e magari le mie teorie si perderebbero nell'astratto o nel lontano. Quindi torno al personaggio di Onofre, e vediamo se arriviamo da qualche parte.

Onofre era il nome dello zio di un mio grande amico. Quell'uomo era l'uomo più triste che abbia mai conosciuto. Vedovo già quando lo conobbi, senza figli, era venuto a vivere a Mundaka dopo la morte della sua sposa. A causa di ciò gli si erano acutizzati i sintomi di una malinconia che si trascinava già da prima. Sembrava che la causa della sua malinconia consistesse in un naufragio. Onofre era capitano della marina mercantile e l'ultima barca di cui ha avuto il comando sarebbe affondata, credo vicino a Capo Matxitxako, sulla costa basca. L'Onofre del romanzo non è l'Onofre reale, però ha qualcosa di lui. Il titolo di capitano e la malinconia, direi. E certamente, questo nome tanto strano che ci porta a pensare che il suo possessore non potrebbe essere altro che un uomo triste.

Con il nome e la storia del naufragio del capitano Onofre possedevo già qualcosa che non pensavo di avere, che però sarebbe affiorato alla minima opportunità. Questa opportunità si presentò quanto mi affidarono la sceneggiatura di un fumetto.

Mi misi a scrivere quella sceneggiatura, e così nacque Begien indarra (Il potere degli occhi) dove appare Onofre per la prima volta e dove già erano presenti alcuni dei fatti che racconto ne L'ultimo fucile. Ricordo che quando il disegnatore Alberto Uribarri mi chiedeva che cosa avrei fatto del personaggio di Onofre, commentando «Onofre, che razza di nome! Ma dove lo hai preso?», sempre gli rispondevo che lo avevo preso da una persona che avevo conosciuto, e aggiungevo che un giorno avrei scritto la biografia completa del personaggio di quel fumetto. L'ultimo fucile può essere considerato come il compimento, in parte, di questa promessa. Sebbene non sia tutto. Prima di mettermi a scrivere L'ultimo fucile, prima ancora di aver scritto Atoiuntzia, credo poco dopo aver fatto Begien indarra, una notte che non riuscivo a dormire, presi carta e penna e mi misi a scrivere a mano un racconto che dopo inclusi in Atoiuntzia. E lì c'era un'altra volta Onofre. Senza volerlo. Il racconto era La scia degli annegati. Gli annegati! È curioso. In casa avevamo tre grandi fotografie appese alla parete della sala da pranzo. In una c'erano i genitori della nonna, nell'altra una sua zia e nella terza sempre un suo zio. Lo zio era Marcelo. Era morto affogato. Mi sembra che questo accadesse prima della guerra. Non so come annegò lo zio Marcelo, però so come annegò il mio padrino, Benigno. Poiché quando avevo solo cinque o sei anni mio zio morì annegato in mare.

Una notte Benigno Piñeiro, si chiamava così e già dal nome si capisce che era gallego, uscì per urinare in coperta, si avvicinò al bordo e cadde in acqua. Non lo trovarono.

Con lui navigava un parente di suo cognato – anche lui gallego – che fece l'impossibile, si dice, per salvarlo. Erano due amici gallegghi che conoscevano appena il castigliano, sposati entrambi con due sorelle basche che parlavano meglio l'euskara del castigliano (dopo di che ebbero la televisione e la questione degli idiomi cambiò). Ero molto amico del figlio del padrino, che chiamavamo Beni. Dall'età di quindici anni, Beni si dedicò alla pesca e un giorno cadde in acqua e annegò. Fu peggio di

quanto accadde a suo padre, molto peggio. Cadde in acqua in pieno giorno e dal bordo di un'imbarcazione ormeggiata al molo, nel porto di Bermeo. Si racconta però che portasse degli stivali pesanti e che non sapesse nuotare. Fatto che posso confermare. Non mi crederebbero. La mia madrina Milagros, la moglie di Benigno, la madre di Beni, che è ancora in vita, vedova di un pescatore annegato e che ha perso uno dei due figli che aveva, anche lui annegato, si sposò per la seconda volta. Con un altro pescatore, è ovvio. Sebbene questi sia morto sulla terra, non vi sorprenda che io sia ossessionato dagli annegati. Questo era a proposito del racconto La scia degli annegati, nel quale racconto la storia di un altro affogato, questo volta vivo, dove appare per la prima volta l'Onofre de L'ultimo fucile.

Tralasciando gli annegati, di cui comunque potrei raccontare molte più storie, quello che mi portò a scrivere il primo capitolo del romanzo, che all'inizio immaginai come un racconto indipendente, fu una fotografia. Era una fotografia degli anni cinquanta, in bianco e nero. Si vedeva tutto il nostro territorio costiero innevato. Si racconta che sia stata la più grande nevicata della nostra storia recente.

Sulla costa basca nevicata di rado e quando ciò accade la neve si scioglie quasi istantaneamente. Per questo durante i giorni di neve è vacanza a scuola. Affinché i bambini sfruttino questo fenomeno così strano, al sapore del classico Natale. Chissà se dicendo questo si possa comprendere l'effetto che quella nevicata mi suscitò. Perfino l'isola ne era ricoperta. Nella fotografia in bianco e nero, il bianco non era bianco, era qualcosa di più impreciso e strano. Era come un invito a divagare. Cosa potrebbe succedere con una tale nevicata? La prima cosa che di notte un viaggiatore chieda rifugio – sono certo che mi capite – bussando a qualche porta. E nella mia immaginazione qualcuno bussò alla porta di Onofre. Era un maquis, un partigiano. Non vi parlerò del maquis, la resistenza armata al franchismo che durò fino agli anni cinquanta inoltrati. Non lo farò, almeno per il momento. Però devo dire che già prima di allora mi erano arrivate notizie, orali e non scritte, sulla presenza di qualche maquis nella nostra regione, nella quale non ci fu mai una vera attività di guerriglia in quanto tale. Comunque, certamente doveva essere stato il punto di imbarco per quelli che cercavano di fuggire in Francia alla fine della lotta.

Così, una notte di inverno un maquis bussa alla porta di Onofre. Bene, questo primo capitolo mi uscì quasi da solo. E dopo, come continua la storia? Questa era la domanda che mi ponevo. La domanda che mi impediva di lavorare al progetto della borsa di studio. Pieno di dubbi – non si trattava del romanzo per il quale avevo ricevuto gli aiuti finanziari – mi misi a scrivere su come continuava la storia di Onofre e del suo ospite e, giunto a questo punto, permettetemi di tornare al processo della scrittura. Poiché questa è la chiave di interpretazione.

Scrissi il romanzo scrivendo come massimo un foglio e mezzo al giorno. Sempre con le prime luci del giorno. Senza fare colazione. In mansarda, con il chiarore che entrava direttamente dal tetto attraverso un abbaino. Bevendo aria. Adattandomi al ritmo della scrittura. Ascoltando la strada che si stava svegliando. Scrivevo solo per un'ora, o poco più, solo questo tempo e, sebbene avessi sempre la sensazione che avrei potuto continuare, lasciavo tutto lì. Avevo l'inquietudine che se non lo avessi fatto avrei rotto qualcosa.

Questo è il ritmo del romanzo. Al presente e guardando i personaggi dall'obiettivo della macchina da presa. Come se fossimo con loro, esattamente lì. Così, a questo ritmo di respiro, così vicini all'obiettivo, quasi sempre in primo piano o in campo medio, i personaggi e le loro storie iniziarono ad affiorare. Nel presente, intendo. Una volta qualcuno mi disse che scrivere il passato al presente è terapeutico, e credo che mi citasse la scuola della Gestalt.

Non so se ho scritto al presente perché incoscientemente ero alla ricerca di qualche terapia. Quello che mi era chiaro era che volevo rompere la monotonia del verbo ausiliare basco. Le forme del verbo ausiliare basco, al passato, finiscono sempre per ene. Quando scrissi La voce delle balene avevo già superato il problema degli ausiliari del verbo. Quindi L'ultimo fucile mi curò almeno da questo male.

Sono dettagli che si perdono nella traduzione, la questione del passato e qualche cosa ancora. Però in questo romanzo non ci sono quasi avversativi, e credo che questo venga fuori nella traduzione. Anche se forse non ci avete fatto caso.

Le strutture sintattiche sono ideologia. Soprattutto le concessive e le avversative. Per non parlare di quelle condizionali. Dire "pioveva ma rimasi a casa" è tutto un discorso. Dire "pioveva, rimasi a casa" significa constatare. Potrei parlare di questo argomento trasportandolo sui personaggi del romanzo.

La vita di ognuno dei personaggi trascorre parallelamente a quella di tutti gli altri, però queste vite sono come delle linee che non si incontrano mai. Così giunsi a una riflessione elementare sulla solitudine e l'infinito: se due corpi si incontrano a due centimetri l'uno dall'altro però non si muovono, rimangono fermi, la distanza che li separa è infinita. In un momento del romanzo c'è la constatazione di questo fatto. La distanza tra Onofre e la sua sposa, Anita, è infinita. Anche se si trovano uno di fronte all'altra. Sì, si sta facendo della terapia.

Il personaggio di Anita nasce dai ricordi della mia infanzia. C'era una donna, vedova, che aveva un piccolo terreno nel quale, al posto di seminare e raccogliere i frutti della terra, accumulava un'immensa quantità di oggetti inutili, di cianfrusaglie e spazzatura. Veniva abitualmente a casa e noi bambini, un giorno ci siamo presi gioco di lei, chiamandola Sastarrera, cioè amante della spazzatura. Ricordo che lei protestò e mi arrivarono delle sculacciate dalla mano di mia nonna, o forse era mia madre, non so. Chiesi perché sopportassero la signora. Mi risposero perché era una donna con la quale conveniva non arrabbiarsi, visto che sapeva gettare il malocchio. Entrambe, mia madre e mia nonna, credevano a queste cose. Insomma, un embrione di Anita, una donna apparentemente moderna, era già lì. E un giorno si presentò alla mia immaginazione convertita nella sposa di Onofre. In più, mi diede la sua casa, l'immagine fisica di un luogo concreto, qualcosa di imprescindibile affinché io stesso possa credere a quello che scrivo. Non posso scrivere se non vedo dei luoghi concreti e precisi.

Ho parlato della madre e della nonna. Il loro contrappunto era nostro padre. Era arrivato a Gernika da prigioniero di guerra, durante la ricostruzione della città bombardata dagli alleati di Franco, cioè la Legione Condor tedesca e qualche aereo italiano. Vi passò un periodo e poi lo misero a lavorare alla costruzione del tratto della ferrovia tra Perdernales e Bermeo. Si trattava solo di quattro chilometri di strada, però che quattro chilometri!

La ferrovia tra Bilbao e Gernika, e più tardi il tratto tra Gernika e Perdernales, era già stato costruito tra il 1895 e la fine del secolo. Il tratto restante rimase in costruzione.

Dovettero passare settanta anni e una guerra affinché gli ultimi quattro chilometri diventassero realtà. Grazie alla manodopera gratuita dei prigionieri. Adesso hanno iniziato a studiare la relazione tra la dittatura e la manodopera degli schiavi, però quando scrissi il romanzo non c'era quasi nulla di stampato. Io semplicemente attingevo a quello che avevo ascoltato in paese. Credo che mi sono accertato.

La storia dell'integrazione dei prigionieri, una volta liberati è una storia meravigliosa e crudele. Meravigliosa per i sentimenti che suscitarono. Mio padre riuscì a sposarsi con una donna del luogo dove era stato prigioniero. E non solo lui. Anche altri. Però

ho detto che è stata anche una storia crudele, come fu quella di coloro che vennero durante gli anni cinquanta e sessanta da immigrati. E adesso spiego il perché. Durante quegli anni l'euskera era una lingua proibita, ridotta all'ambito domestico, dell'osteria, dei posti di campagna e della costa dove non c'era una vigilanza stretta. Quindi mio padre, e come lui tanti altri, non imparò mai la lingua basca. E come lui, quasi tutti. Me ne chiesi il motivo. Poiché non è che mio padre non si fosse fatto degli amici baschi. Ne aveva, e molti. La risposta, a parte quello che già ho detto sullo statuto della lingua basca, è semplice. Quando si incontravano chi conosceva la lingua e chi non la parlava, quello che la conosceva rinunciava a parlarla. Veniva prima la persona e poi la lingua.

Questa cosa che sembra tanto semplice, è fondamentale per capire quello che successe nella nostra terra durante quegli anni e continua a succedere oggi. Però c'è di più.

Questo romanzo, L'ultimo fucile, mi fece giungere a una scoperta fondamentale.

Dopo la guerra, i baschi che erano stati vinti – non i vincitori, e ci furono anche loro – si incontrarono con gli spagnoli vinti, con gli ex prigionieri e con gli immigrati. E cosa accadde? Accadde che, salvo i casi di amicizia personale, il trattamento nelle osterie, i matrimoni misti e tutto quello che vi ho appena raccontato, politicamente si considerarono nemici, o almeno come una mutua minaccia. Vinti contro vinti, gli uni – gli autoctoni – si sentivano invalidi mentre gli altri, arrivati da fuori, si sentivano alieni alle inquietudini degli altri. Questo fu uno dei grandi trionfi del franchismo. Curiosamente quando nacque la mia unica figlia mio padre le diceva alcune parole in lingua basca. Quelle che aveva appreso e che sempre si era rifiutato di pronunciare. Credo che anche questa sia una storia meravigliosa, della quale però non ho ancora la chiave.

Tornando a L'ultimo fucile, nel romanzo metto l'amicizia tra Onofre e un prigioniero quando quest'ultimo è già un ex prigioniero. Qui l'osteria gioca un ruolo fondamentale come luogo di incontro e come luogo dove questa amicizia va consolidandosi. L'osteria è uno spazio reale, l'unico in quella epoca, insieme al Kasino, che conserva ancora un che di quello che fu e che non è più.

Tutto questo accade in un'epoca chiave. Intorno al 1955 che è quando si inaugura questo tratto della ferrovia. Inaugurazione alla quale presenziò proprio il generalissimo, come avrete modo di vedere. Grazie ai cambiamenti introdotti durante questa epoca, la dittatura durò per altri vent'anni. Fino alla morte fisica del dittatore nel 1975. È evidente che la sopravvivenza del regime ebbe molto a che vedere con i baschi che l'appoggiarono, elemento presente nel romanzo, sebbene questo sia tuttora un tema tabù. Tra le due fazioni – resistenza o dittatura – alcuni amici di Onofre scelsero la seconda, poiché era quella del commercio.

Alla fine della resistenza armata terminava un'epoca in Spagna e nella nostra terra. E ne iniziava un'altra. Si esaurisce un'epoca e si esauriscono differenti forme di resistenza, tra queste il maquis. Sembra che solo ci rimanga la speranza che il dittatore muoia o sia decrepito. Così nascono altre resistenze, si aprono altre vie. Per dirla in breve, questa è l'epoca in cui nasce, tra gli altri fenomeni, ETA. Credo che questo sia presente nel mio romanzo e che ne L'ultimo fucile ci siano alcune chiavi di questo. Sebbene non si tratti di un romanzo politico. Né poliziesco. Né psicologico. È un poco di tutto.

Prima ho detto che all'inaugurazione della ferrovia presenziò lo stesso Franco, Generalissimo e Caudillo di Spagna. Cosa sarebbe successo se qualcuno avesse approfittato di questa situazione per sparargli e ammazzarlo? Come già sapete, questo non accadde. Però lascia in sospeso molte domande. Una fondamentale, è quella se ognuno di noi avesse dato rifugio a un viaggiatore, un vecchio amico, che una notte

bussa alla nostra porta. Certo che sì. Però, se venisse armato? E se avesse intenzione di uccidere il dittatore e noi lo sapessimo? E se ci ponessimo la domanda al giorno d'oggi?

Dal romanzo che mai scrissi – l'avrei intitolato “Trenta giorni di agosto” – presi il tema dell'omicidio di un personaggio importante. In quel romanzo si trattava di un anarchico che voleva sparare ad Alfonso XIII, nel 1912, quasi nello stesso luogo dove ne L'ultimo fucile qualcuno penso di attuarlo contro Franco nel 1955. Confessare questa mia tentazione per l'omicidio di un personaggio importante nella finzione può causarmi delle antipatie, lo so. In fondo, si tratta di un gran tema. Ed è molto reale. Hanno cercato di uccidere Alfonso XIII molte volte. E un grande amico, Koldo Izagirre, ha romanizzato la storia di Angiolillo, un anarchico italiano che tolse la vita a Canovas del Castillo, capo del governo del Regno di Spagna e che venne giustiziato vilmente con la garrota. Tutto questo accadde nella nostra terra, nel 1897, durante il regno di Alfonso XII. Di modo che il tema per me è letterariamente esaurito, però le domande continuano a esserci.

Torno a L'ultimo fucile. Al sesso in questo caso. Siamo qui, siamo nati, ci hanno partorito, ci hanno creato e sembra che non ci possiamo neanche immaginare la passione carnale dei nostri progenitori. Però, eccome se la provarono! Non siamo neppure capaci di immaginare il passato a colori. E il sole esisteva già allora, e il mare era azzurro, e l'erba verde, e il txacoli – il nostro vino acido – era già del colore dell'uva settembrina. Scrivendo di un'epoca passata bisogna tenerlo ben presente, almeno così credo io.

Così, con queste sensazioni in mente, iniziai a districare la storia di Onofre e del suo amico Juan, il maquis. Iniziarono ad apparire altri personaggi, di alcuni dei quali già ho parlato e gli altri li scoprirà chi leggerà il romanzo. Tutti arrivavano come trascinati dal treno. Portavano con sé dolore e allegria. Mi fecero piangere. Delle volte per scrivere devi piangere. Io ho pianto scrivendo. Così ho potuto affrontare la morte di mio padre. Piangendo e scrivendo.

Poi c'è la musica. Questo è un romanzo da leggere, se lo si desidera, ascoltando Beethoven. Come Onofre. Cercando di scoprire il senso della vita. Da questo punto di vista il romanzo ha qualche cosa di esistenzialista, almeno così credo io.

Termino accennando al titolo. L'ultimo fucile. A sentirlo, sembra uno spaghetti-western. È la verità. A me non dispiace. Mi piaceva molto come genere. E, in fin dei conti, questo è un romanzo scritto con la macchina da presa. A volte in spalla, a volte sopra il tripode, a volte tramite carrellate. Come durante il viaggio in moto. Che è proprio uno dei momenti in cui mi divertii di più. Spero che i lettori de L'ultimo fucile lo apprezzino in italiano. Per questo devo ringraziare la traduttrice Roberta Gozzi, che lo ha tradotto dall'euskera, come già aveva tradotto La voce delle balene – e con la quale ho passato molte ore lavorando e chiacchierando. È stata una fortuna per me conoscerla e le sono infinitamente grato per tutto, non solo per i libri. Debbo ringraziare infine l'editore, Giovanni Tranchida, lo stesso che ha pubblicato entrambi i libri, riconoscendo pubblicamente, come nel caso di Roberta, tutto il lavoro che c'è dietro e il trattamento personale che ho ricevuto durante tutto questo tempo. Grazie a loro ho conosciuto un poco l'Italia, realizzando così uno dei miei sogni più cari. Che sia successo così, tramite questi libri, lo apprezzo ogni giorno di più. Questo è quanto. Spero di non avervi annoiato troppo. Grazie.

-----